

José María Torralba, *Una educación liberal. Elogio de los grandes libros* (Madrid: Encuentro, 2022), 172 pp.

RECEPCIÓN: 2 de agosto de 2022.

APROBACIÓN: 31 de agosto de 2022.

DOI: 10.5347/01856383.0142.000305353

El profesor Torralba, actual director del Instituto Core Curriculum de la Universidad de Navarra, nos ofrece el fruto de 10 años de investigación y enseñanza de la educación liberal. El libro está a medio camino entre el ensayo y el escrito académico, entre la argumentación y la exhortación (por ejemplo, 23 y 24), pues tiene una abundante bibliografía que ayudará mucho a los que quieran ahondar en los temas que trata y entreteje experiencias personales para ilustrar los puntos que quiere defender, las cuales seguramente encontrarán mucho eco en los docentes que lo lean.

192 Si bien es cierto que Torralba equipara, a efectos prácticos, diferentes conceptos: artes liberales medievales, educación liberal moderna, *Bildung* humboldtiana, cultura orteguiana, humanidades (yo comparto esa equiparación práctica y agregaría por mi parte la sabiduría whiteheadiana y los estudios generales), da una definición clara de educación liberal que guía la obra: “entenderé por educación liberal un proyecto formativo en el que el conocimiento se valora no solo por su utilidad, sino como un fin en sí mismo, y en el que el objetivo no es solo preparar profesionalmente, sino también educar a la persona entera, incluyendo tanto su dimensión intelectual como la moral” (19). El libro consta de un prólogo, escrito por el reconocido Roosevelt Montás, director entre 2008 y 2018 del Center for the Core Curriculum de la Universidad de Columbia, una introducción, siete capítulos y una conclusión con diez principios de educación humanista que sintetizan el contenido de los capítulos.

En el primer capítulo se hace un planteamiento nuevo de la cuestión sobre la necesidad o no de las humanidades en nuestra sociedad actual. El autor

nos hace conscientes de la tensión entre las tradiciones universitarias: por un lado, la universidad medieval centrada en las artes liberales; por otro, la universidad napoleónica centrada en la profesionalización; y todavía por otro, la contemporánea multiversidad centrada en la investigación. Torralba insiste una y otra vez en que tales tradiciones no son excluyentes y que es difícil pero posible integrar la educación liberal en una universidad profesionalizante o investigadora. Lo que no es admisible es que se quiera desaparecer la educación liberal, puesto que cada estudiante es primero y antes ser humano que profesionista o investigador, por ello las humanidades siguen siendo necesarias hoy en día.

Al hacer la historia de la educación liberal, Torralba indica (y lo hace varias veces a lo largo del libro) que es muy sana una pluralidad de acercamientos: no hay un único modelo válido para todas las universidades. El método que recomienda a partir de su experiencia es el de los seminarios sobre los grandes libros. Y a este respecto, considera que ningún país posee una tradición más sólida que Estados Unidos, representado tradicionalmente en las universidades de Columbia, Chicago y Harvard y más recientemente Saint Johns College o Dallas. Referencia obligada aquí son los nombres de Hutchins, Adler y Erskine. Torralba afirma que tal tradición de educación liberal, que se inspira más o menos explícitamente en John Henry Newman y su idea de la universidad (43), prácticamente se perdió en Europa y solo recientemente se ha fortalecido un movimiento de renovación por medio la Association for Core Texts and Courses. El capítulo ofrece un buen panorama de la educación liberal en Estados Unidos y Europa en general. Me parece que la investigación histórica de Jorge Rodríguez Beruff sobre los estudios generales en Puerto Rico puede complementar el cuadro al mostrar el panorama latinoamericano en general.<sup>1</sup>

Me llamó mucho la atención leer acerca de las guerras de los cánones de la década de 1960. Ya desde entonces se discutía si el canon occidental era adecuado. Me hubiera gustado que el profesor Torralba hubiera perfilado lo que entiende por clásico o por canon, ya que habla incluso de clásicos contemporáneos. Personalmente, he vivido en últimas fechas esas discusiones

<sup>1</sup>Jorge Rodríguez Beruff, “Los estudios generales en Puerto Rico: redes intelectuales y reforma universitaria. Parte I: Fundación y desarrollo de la Universidad de Puerto Rico hasta la década de 1940 y los orígenes de la reforma universitaria”, *Estudios* XIX, núm. 138 (2021): 85-117; “Los estudios generales en Puerto Rico: redes intelectuales y reforma universitaria. Parte II: El pensamiento hispánico sobre la universidad: Ortega y Gasset, Jaime Benítez y el encuentro en Aspen”, *Estudios* XX, núm. 140 (2022): 99-143; “Los estudios generales en Puerto Rico: redes intelectuales y reforma universitaria. Parte III: El movimiento de la educación general en Estados Unidos, del college de Hutchins al Libro rojo de Harvard”, *Estudios* XX, núm. 142 (2022): 73-123. La cuarta parte se publicará próximamente.

surgidas del feminismo. Ciertamente, cuando se hace un elenco de autores de obras clásicas, sigue habiendo muy pocos nombres femeninos. La referencia a Nussbaum y su apertura a otras culturas por medio del cultivo de la imaginación es valiosa, pero insuficiente. Es necesario seguir pensando en esa dirección.

La aportación personal del libro la encontramos en el capítulo tercero, en el que Torralba describe las características que debe tener la educación liberal: 1) cultivar la perspectiva sapiencial, es decir, ubicar los contenidos o problemas dentro de un todo organizado y las relaciones entre ellos; 2) desarrollar la capacidad de juzgar, que distingue del pensamiento crítico desde un punto de vista muy específico. A mí me parece que pueden utilizarse como sinónimos: saber distinguir lo correcto de lo incorrecto, lo adecuado de lo inadecuado, lo profundo de lo superficial. Y en su experiencia propone: “probablemente, la mejor manera de desarrollar el genuino pensamiento crítico es leer libros clásicos” (75); 3) Suscitar el interés por la verdad. Quizá la característica más problemática en la actualidad, debido a la presión de las ideologías y lo políticamente correcto y del “emotivismo moral dominante” (78). Sin embargo, Torralba rescata lo siguiente: “esa experiencia de ver ‘respetada su opinión’ y, a la vez, haber sido capaz de compararla con otras distintas es uno de los modos de situar la verdad en el centro del diálogo académico” (78). Además: “El error está más cerca de la verdad que la indiferencia” (79). Torralba afirma que la verdad se distancia tanto del relativismo como del dogmatismo (y hace mención y crítica de la lamentable cultura de la cancelación que se vive en muchas universidades) y precisa que la verdad no es evidente ni se obtiene de una vez y para siempre. Bastaría mantener despierta la habermasiana “sensibilidad para la verdad” (82).

En el siguiente capítulo, Torralba narra la implantación del *core curriculum* en su Universidad de Navarra. Obviamente, el éxito depende de varios factores ineludibles: el apoyo institucional, el convencimiento de los profesores y la evaluación cuantitativa. Su idea del curso-taller introductorio “Sesiones de método: retórica y argumentación”, en el que los estudiantes practiquen a leer atentamente, escribir y argumentar con rigor, y la de que los profesores se formen con otros profesores me parecen valiosas en nuestras condiciones actuales. Para Torralba, las virtudes del método de seminario de grandes libros son el aprendizaje en primera persona, la enseñanza basada en los clásicos, el desarrollo de la capacidad crítica, la conversación intelectual de altura y la educación de la mirada (98-108).

Torralba muestra con claridad que la universidad no debe sustraerse a la misión de formar el talente ético y el carácter del estudiantado. Aunque esto venga desde la familia y se continúe en la sociedad, la universidad tiene la misión de formar ciudadanos responsables y dispuestos a solucionar los problemas del mundo en el que viven. Claro que las virtudes no pueden enseñarse, “pero profesores y estudiantes pueden ejercer de *parteras*, tanto de modo intelectual (a través de la conversación, dentro y fuera del aula) como práctico (la relación personal con los demás)” (116-117). En este sentido, el papel del docente es simplemente fundamental: “Nos guste o no, en el ámbito docente, la ética no se aprende solo en los libros, sino también *del* profesor” (119).

El capítulo sobre universidad y cristianismo invita a la colaboración y enriquecimiento mutuo entre esta religión y la universidad o entre universidades católicas y laicas. Es muy rescatable la insistencia en que en la universidad lo importante no son las estructuras administrativas, sino las personas. También lo es su idea del pluralismo de instituciones como enriquecimiento: “tener un sistema que incluye universidades públicas y privadas, con ideario específico y sin él, religiosas o no, ayuda a que en la sociedad todas las voces encuentren su espacio” (131).

Torralba considera la universidad como una comunidad intelectual en la que, siguiendo a MacIntyre, el desacuerdo es obligado. Contra las tendencias mayoritariamente pesimistas, defiende una visión realistamente positiva sobre la universidad, pues “las instituciones son entidades vivas que gozan de buena salud cuando son capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias” (144).

El profesor Torralba nos ofrece un libro lleno de informaciones, experiencias formativas, sugerencias e ideas sobre la educación liberal que seguramente producirán muchas inquietudes y muchos proyectos formativos en docentes y centros educativos. Enhorabuena.

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO  
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM